

Ecumenismo: Cristianos y, ¡Ya está!

por Cristina Inogés Sanz

[Nos alegra incluir en esta ocasión un artículo de una estudiante de SEUT. Cristina Inogés ha finalizado ya el Nivel 2 y está lista para comenzar el Nivel 3.]

Si viéramos sólo el sol, nuestra estrella más próxima, no veríamos nunca las estrellas de la noche. Nuestro sol nos calienta y alimenta, pero también nos deslumbra. Cuando el sol se pone, descubrimos otras mil maravillas. Esta metáfora vale para las diversas manifestaciones del cristianismo. Cada uno, ciertamente, necesita su estrella más próxima que le de calor y vida, porque ha nacido en ese punto del universo espiritual, y allí vive. Pero si tiene los ojos abiertos y espíritu de admiración, sabrá disfrutar, libre de las nieblas del miedo y de las obsesiones de superioridad, de las otras estrellas que, distantes lo suficiente unas de otras para poderlas admirar en su totalidad, conforman en su conjunto, la misteriosa e infinita belleza del mundo.

Nuestro país, en general, tiene poco talante ecuménico porque no ha existido (¿permitido en su momento?) una presencia masiva de otras confesiones, no ha habido relación y en la actualidad, es un tema que despierta pocos entusiasmos. Pero créanme, todo es ponerse, informarse y formarse.

Al hablar de ecumenismo, nos vienen al pensamiento palabras como “unidad” o “reconciliación”, lo cual supone que en nuestro subconsciente, previamente, ha saltado el resorte de la “desunión”, de la “separación”. Es una relación lingüística lógica, pero muy típica, porque además pensamos siempre, desde la confesión mayoritaria, en los “protestantes” y en Lutero y Calvino, como si no hubiésemos tenido otras diferencias¹ previamente. Vamos a empezar fijándonos en un detalle que nos pasa muy desapercibido.

Al principio... ¡Siempre el Espíritu!

El libro del Génesis al relatarnos la creación, nos cuenta que el Espíritu aleteaba sobre las aguas²; el resultado de la libertad del Espíritu es que toda la crea-

ción no es igual: no son iguales todos los montes, todos los mares, todas las personas.

El libro de los Hechos de los Apóstoles, nos cuenta el nacimiento de la Iglesia donde el Espíritu actuó con libertad; el resultado de esa libertad del Espíritu es la pluralidad eclesial con que nos sorprende el Nuevo Testamento, y la fórmula llena de fe y confianza del concilio de Jerusalén ante las primeras diferencias: *Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros, no imponer más cargas de las necesarias*³.

Lo más sorprendente de estos dos relatos, es que el Espíritu actúa como principio de unidad en la diversidad. La creación es una, pero diferente toda ella, de ahí su riqueza y su belleza. La Iglesia es una, pero diferentemente vivida y manifestada, de ahí su riqueza y su belleza.

¿Por qué hay que hablar de ecumenismo?

En el siglo XVI, por adentrarnos en la diferencia cristiana más conocida, se inicia en la Iglesia un movimiento de **reforma** promovido por Lutero en Alemania y seguido por Calvino y Zuinglio en Francia y Suiza. Se “protestaba” contra los abusos de la Iglesia católica y se pedía una reforma completa.

Aquí hay que resaltar un matiz muy importante: Ningún reformador quiso, ni intentó, fundar o refundar otra Iglesia, sino únicamente reformarla. Dicho en un lenguaje más llano, curarla de sí misma. Al no haber aparecido otra Iglesia diferente, sigue habiendo UNA sola Iglesia, por lo que hablar de la “unidad de todas Iglesias cristianas”, significa hablar de algo, de hecho, irrealizable porque no se puede unir algo que es sólo UNO. El futuro del ecumenismo, no será una Iglesia única sino la Iglesia reconciliada.

El ecumenismo es frecuentemente presentado como un camino de sufrimiento; no hagan caso, no se sufre ni más ni menos que en otros. Tampoco es un escándalo tan grande, no hace falta que vayamos siempre por lo negativo; son mucho más escandalosas las diferencias dentro de las propias confesiones. El ecumenismo es un camino de posibilidades infinitas, donde la presencia del Espíritu es tan cercana, que es difícil no tropezar con él cada día. No vivamos las di-

¹ A modo de ejemplo: Año 451 – Se condena el Monofisismo; 553- Condena de la herejía Nestoriana; 680- Condena del monotelitismo; 1179- Condena de Albigenses y Valdenses; etc...

² Gn 1,1.

³ Hch 15, 28.

ferencias como un drama. En las familias, los hijos no son exactamente iguales, hay diversidad y no hay drama. ¡Vivamos algo del cristianismo con alegría!

La unidad no significa de hecho uniformidad; el movimiento ecuménico está formado por personas muy diferentes, que viven su fe comunitariamente y que se sitúan diariamente frente a la Palabra de Dios, para preguntarse: ¿Qué debemos hacer hoy? Las expectativas de éxito, no las mediremos nunca por una unidad plausible, sino por el testimonio que da el comprometerse en un diálogo que alberga ciertas complejidades pero que, sigue adelante, pese a todo. Y por esto precisamente, es por lo que hay que hablar de ecumenismo.

¿Cuántos ecumenismos existen?

El ecumenismo es uno, es plenitud. No se puede hablar de un ecumenismo protestante, otro católico, otro ortodoxo. Aunque no está de más señalar que el movimiento ecuménico, surgió como una iniciativa protestante a la que la confesión católica fue reacia, durante bastantes décadas.

De lo que si podemos hablar es de una variedad de tareas ecuménicas:

- Ecumenismo institucional: Porque es necesario un mínimo grado de organización en cualquier movimiento que se emprenda en la vida.
- Ecumenismo oficial: Marca oficialmente las relaciones existentes entre las diversas confesiones.
- Ecumenismo doctrinal: Varias cuestiones doctrinales suscitan encuentros, diálogos (bilaterales o multilaterales) que generalmente son llevados a cabo por comisiones mixtas de teólogos y teólogas.
- Ecumenismo espiritual: Que es mucho más que orar juntos. Es el ecumenismo vivido desde la convicción de la legitimidad de trascender ciertas barreras eclesiológicas para sentirnos unidos en aquel (el Espíritu) que es el fundamento de la Iglesia.
- Ecumenismo local: Es la experiencia cristiana vivida por el pueblo de Dios, en toda su amplitud. Este es el más vivo, el que menos inconvenientes plantea porque es muy vital y de donde vendrá la verdadera evolución y los progresos ecuménicos.
- Ecumenismo secular: Son las expresiones ecuménicas que más inciden sobre los problemas con una perspectiva más complicada: la paz, la justicia, la ecología...

Si me preguntan quiénes son los protestantes, yo diría...

Son nuestros hermanos en la fe, porque confesamos al mismo Jesucristo encarnado, muerto y resucitado; son nuestros vecinos de comunidad, porque habitamos la misma casa, la UNICA Iglesia; son varones y mujeres que trabajan por hacer realidad el Reino de Dios; son comunidades que afrontan, más pronto que tarde, problemas que aparecen en la sociedad, aunque eso provoque ciertos roces, incluso algunos enfrentamientos entre ellos, y que por todo esto precisamente y en la diversidad de sus manifestaciones viven una riqueza incuestionable. Son seres humanos, por lo tanto no perfectos, pero ¿quién de carne y hueso lo es?

La Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos.

La celebración de la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, es un momento bonito, sugerente, sus carteles publicitarios suelen tener una estética atrayente, pero... ¿se han parado Uds. a pensar si existe en algún lugar del mundo un aparato que mida el progreso que hacemos en la vida de oración? Realmente no existe. La única manera de saber si progresamos en la oración, es ver cómo cambia -a mejorar la relación con nuestro prójimo; si no "progresamos adecuadamente" eso significa que nuestra oración no va tan bien como creíamos, y la pregunta ahora es obvia: ¿Progresamos adecuadamente, aunque sea una temporada, tras la Semana de Oración por la Unidad en la relación con nuestros hermanos de otras confesiones?

Mucho me temo que, como católicos, única confesión a la que debo criticar como miembro de la misma, en nuestro cuadernillo de notas figurará: "necesita mejorar", porque termina la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos y... ¡si te he visto no me acuerdo!

Hay una gran contradicción en la confesión católica, que no es universal en el sentido de que todo el mundo pertenece a ella, es una parte de la humanidad solamente, pero se comporta, habla y razona como si fuera la totalidad. De aquí todas las contradicciones, dificultades, los límites y hay que admitirlo si somos humanos, las hipocresías del diálogo ecuménico. La confesión católica se muestra abierta, dispuesta a lo que sea unir, pide perdón por los pecados cometidos por sus hijos contra otros cristianos, y cuando llega el momento final, que parece que ha llegado el kairós de la unidad, no se le ocurre otra cosa que proponer el retorno a su seno o la conversión de los

“hermanos separados” como única solución. Aquí las posiciones de la jerarquía, no son otra cosa más que las dos caras de la misma contradicción. ¿No necesitamos convertirnos, todos, cada día a Cristo?

Es difícil afrontar la diversidad; es mucho más sencillo levantar un muro. Bastantes hermanos protestantes lo saben, pero no está de más recordarles que, la tendencia de la Iglesia católica, por lo menos aquí en España, no es la expresión de toda la comunidad católica. Algunos, pocos tal vez, hacemos lo que podemos para confesar un ecumenismo diferente.

Puede que esos pocos demos la sensación de saltarnos alguna norma, pero llegado el caso, preferimos romper una norma en virtud de una esperanza, como anticipo de un futuro de unidad en el que creemos, por el que oramos y nos esforzamos en hacer realidad y cuidamos como a un naciente compromiso.

Pero el gran reto, el que requiere valor y decisión para llevarlo a cabo es el más importante, y, el más prohibido.

Reconciliación e intercomuni6n: Un futuro por el que mantener la esperanza.

De ecumenismo se comenzó a hablar a finales del siglo XIX; un largo camino se ha recorrido desde entonces y uno de sus resultados más importantes es el del conocimiento recíproco, aunque hay que seguir profundizando.

No hace falta ser ningún experto para darse cuenta que es mucho más lo que nos une, que lo que nos separa. El conocimiento lleva a querernos y respetarnos y este es el verdadero ecumenismo de base. Porque el ecumenismo es el descubrimiento del otro, la salida del muro de los confesionalismos.

Todavía tenemos sombras sobre las que arrojar luz. No podemos, por ejemplo, sostener como actitud ecuménica aquella que dice una cosa en público, pero hace la contraria y que consiste, por ejemplo, en tender una mano abierta al diálogo mientras se tiene, con toda la fuerza, la otra mano cerrada en la propia teología.

Otra sombra sobre la que arrojar luz, y este es un tema determinante, es el de la falta de intercomuni6n. Nos reconocemos hermanos, nos abrazamos incluso como un signo de paz y, llegado el momento de vivir aquello que más nos había de unir, la Santa Cena, la Eucaristía, no nos reconocemos más.

Tal vez sea el momento de empezar a recorrer el camino a la inversa: de la experiencia a la reflexión, de

la síntesis a la tesis, de la creatividad a los principios, de la praxis a la teoría, de la base al vértice, y no considerar la Eucaristía, la Santa Cena, como el punto de llegada, sino como el punto de partida. Porque, por extraño que nos suene lo que voy a decir, la Eucaristía, la Santa Cena, no es propiedad privada de nadie. Cuando leemos...

Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidlo, y allí donde entre decid al dueño: El Maestro dice: ¿Dónde está la sala, en la que he de celebrar la cena de pascua con mis discípulos? El os mostrará en el piso de arriba una sala grande, alfombrada y dispuesta. Preparadlo todo allí para nosotros. Los discípulos salieron, llegaron a la ciudad, encontraron todo como Jesús les había dicho y prepararon la cena de pascua. Al atardecer llegó Jesús con los doce y se sentaron a la mesa⁴

...vemos que ese anónimo hombre “dueño” de la casa podría ser la metáfora de las diferentes confesiones en el momento de la celebración de la Santa Cena, de la Eucaristía. Porque la Eucaristía, la Santa Cena, es del Señor; Él es quien dispone la mesa, el que invita, es con él con quien comemos, es la acogida en su mesa la que expresa el don vivificante y vivificador de la comuni6n con él, de la que se sigue como consecuencia indisoluble, la comuni6n entre los participantes.

La Santa Cena, la Eucaristía, es del Señor; no es propiedad de ninguna confesi6n. Nuestro único papel es el de poner a disposici6n de los invitados la casa, la vajilla, el pan y el vino. Porque es muy sorprendente que podamos compartir al Señor, pero no la mesa⁵.

El encuentro sucede entre el creyente y el Señor, no entre los creyentes y la instituci6n eclesiástica (la que sea). Estamos en nuestro derecho de preferir una casa mejor que otra, tal vez por cuesti6n de familiaridad o por mayor relaci6n con los otros comensales, pero lo de “dar y recibir” la Santa Cena, la Eucaristía, debería desaparecer de nuestro vocabulario, porque la invitaci6n viene del Señor. Así que, como dice Pablo: *Examínese cada uno así mismo antes de comer el pan y beber el cáliz, porque quien come y bebe sin discernir el cuerpo (la comuni6n) come y bebe su propio castigo⁶.*

⁴ Mt 14,13-18

⁵ P. Zamora, “El ecumenismo desde la perspectiva de un protestante español”, en *Sal Terrae. Revista de Teología Pastoral*, noviembre 1999.

⁶ ICor 11,28

La diferencia entre los evangelios sinópticos y el relato de Juan sobre la Eucaristía, la Santa Cena, deja abierta la cuestión sobre si fue una cena "Pascual" o más sencillamente, una "última comida" que Jesús quiso celebrar con sus discípulos antes de ser entregado a la muerte. Las diferencias en este tema, no nacen con la Reforma. Surgen mucho antes, en el siglo IX, con las posturas encontradas de dos monjes: Pascasio Radberto y Ratrammo, del monasterio de Corbie, en Francia. Esto demuestra que muchas veces, en vez de dejar que el ecumenismo crezca por la realidad del amor, la multiplicidad de "cabezas pensantes" producen un aumento de las dificultades entre los cristianos.

La unidad no significa uniformidad. Estamos hablando de unidad en la diversidad. El camino verdaderamente ecuménico, que no intenta hacer del católico un protestante y del protestante un católico⁷, es el camino que mira a Cristo, porque mirando a Cristo veremos cómo ser cristianos más, que cómo ser protestantes, católicos, ortodoxos... La vía de la unidad no es la de las concesiones, ni la de los compromisos dogmáticos; consiste en la aproximación a un único centro: Jesucristo, mirado y escuchado y dialogado. Jesucristo, tampoco pertenece a ninguno como propiedad privada. Nadie quiere que se sacrifique la verdad. Más bien, cada uno, debe examinarse para profundizar en ella y renovarla, saber respetar a los demás y crear un clima de confianza, que en búsqueda de la verdad, a ella nos conducirá.

Las diferencias del segundo milenio, que no han sido las únicas ni las más sonadas, fueron, precisamente, consecuencia de la falsa unidad del primer milenio, porque no fue la unidad de la Iglesia cristiana, sino la unidad del Imperio cristiano. No podemos volver a esa falsa unidad.

Lo más importante ahora y, fruto del conocimiento recíproco será posible, es redefinir qué elementos de la vida cristiana, formando parte de la diversidad, son compatibles con la unidad y qué otras realidades son elementos de división; es decir, por donde pasa la línea entre lo que diversifica y lo que divide. Este es el reto que tenemos ante nosotros. Desde la respuesta que demos y desde la exigencia, se

podrá construir la unidad ecuménica, nunca la uniformidad.

El cristianismo no es una doctrina, es una fe y su correspondiente y preciso tipo de existencia: el seguimiento de Jesucristo, y no podemos olvidar que la práctica de Jesús era inclusiva y creativa y, precisamente por ello, generó muchísima pluralidad. El camino de la intercomuni6n es difícil, pero es el más fascinante para todos aquellos que queremos llamarnos "cristianos y ¡ya está!".

Mientras tanto...

¿Qué hacer? El ecumenismo clásico está en crisis. Lo primero de todo sería, perder el miedo a moverse en todas las direcciones, en el intercambio de los dones del Espíritu ¿Tanto nos cuesta percibir la dinamicidad de sus dones?; La misma Iglesia es un misterio de comunicaci6n porque recibe todo de Dios, y debe transmitirlo a la humanidad, debe comunicar que esa es la fe, la comuni6n, la común-uni6n en Cristo resucitado. Sin este ambiente comunicativo de fraternidad efectiva y afectiva, la Iglesia se reduce a la instituci6n.

Hay que insistir mucho en la multidirecci6n de la comunicaci6n. Se advierte la necesidad en el mundo ecuménico, en realidad en todos, de valorar la pluralidad de direcciones; sobre todo esa que ayuda a hacer salir desde abajo hacia lo alto la voz de los cristianos que refleja la variedad de situaciones de la vida, que informa y forma el contexto hist6rico, social y cultural en el que vivimos los creyentes, para ofrecer la sabiduría y consejo que pueden derivarse de la experiencia de los cristianos, expertos en humanidad y, cada vez más aunque muy lentamente, expertos también en teología, en apostolado y en misi6n.

Es muy importante la dimensi6n horizontal del ecumenismo, porque todos los cristianos tenemos necesidad de comunicarnos recíprocamente la propia experiencia de fe, entrenarnos en el arte de interpretar de forma siempre viva y actual, la Palabra de Dios para que resuene a los hombres de todos los tiempos, como la voz viva de un Dios intemporal.

El ecumenismo tiene que ser profético y la profecía necesita pasar a través de la libertad y más, cuando la libertad se pone al servicio del amor. Un ecumenismo que tuviese miedo de la espontaneidad de los encuentros entre los cristianos de la base, que intentase que la "unidad" solo se diese en momentos y lugares establecidos, demostraría tener poca fe en el Espíritu y ser cualquier cosa, menos ecumenismo.

El ecumenismo debe ser fraternidad en estado puro, porque la fraternidad es el primer valor cristiano,

⁷ Aquí hay que tener presente la libertad y circunstancias de cada individuo, porque si el ecumenismo no es un campo de "pesca", si es un espacio de libertad donde siempre puede haber alguien que decida, en un determinado momento y por razones que sólo a él o ella atañen, manifestar su fe comunitariamente en otra confesi6n.

aquel que manifiesta el dogma central del mensaje de Jesús: la paternidad / maternidad de Dios. Si el ecumenismo no antepone a todas las relaciones de fraternidad, corre el riesgo de oscurecer el rostro de Dios y de enmudecer la voz del Espíritu ¡Cuanta responsabilidad!

El ecumenismo no es anular las diferencias, pero sí aprender a relativizarlas un poco y más, cuando estamos acostumbrados, mecánicamente, a un modo de expresar la propia fe (en palabras, rituales, costumbres, etc). Exige la conversión de la propia mentalidad, por eso es muy importante promover en los creyentes un punto de madurez en la fe, que los haga sentirse realmente unidos, cuando estén en situaciones donde esa fe se exprese de formas diversas. La pluralidad y la diversidad en el ecumenismo, tiene todo que ver con Pentecostés, y nada con Babel.

El ecumenismo es no tener miedo a arriesgarse a vivir la fe de esta manera. En los evangelios sinópticos, lo contrario a la fe no es la incredulidad, sino el miedo. Cristo nos dijo que, cuando nos llevaran a la sinagoga ante los letrados, no nos preocupásemos de lo que fuésemos a decir, o de cómo nos fuésemos a defender, porque el Espíritu Santo nos enseñaría en ese momento lo que había que decir. La ausencia de miedo es un testimonio muy ecuménico y elocuente, y es la primera manifestación del Espíritu en Pentecostés. Vivir el ecumenismo sin miedo, es una forma maravillosa de iniciar nuestra parte de misión. Porque el ecumenismo está estrechamente vinculado a la misión de la Iglesia. Se puede decir que el ecumenismo, diseña en sí mismo la forma futura de la misión. Y aquí cabría destacar dos puntos:

- El ecumenismo educa desde los otros: Hoy Europa ya no es únicamente cristiana y el ecumenismo como tal, debe aprender a escuchar a otras religiones. La conversión espiritual es profunda. Significa empezar por escuchar al otro ayudándolo a ser él quien se comunica, no manifestando nuestras interpretaciones, sino escuchando su historia desde las raíces profundas de su existencia, para poder descubrir sus dones, porque primero somos personas, hermanos y, luego, diferentes.
- El ecumenismo debe aprender a moverse en estados laicos: Esta realidad hay que valorarla positivamente, porque ofrece a los cristianos la ocasión de hacer evidente la dimensión profética de la fe. Vamos camino de convertirnos los cristianos en minoría, lo que conducirá a que nos mostremos con una mejor calidad, con una más intensa vida de fe, y a que se haga mucho más manifiesta y creíble la vocación hacia los más débiles. Debere-

mos ser, más que nunca, fuertes desde la debilidad escandalosa de la cruz. Debemos los cristianos, desde un ecumenismo auténtico, testimoniar que Dios nos ama a todos y cada uno, que nos perdona y que nos salva.

Ningún modelo de unidad es absoluto, ni siquiera los organismos ecuménicos (Consejo Mundial de Iglesias; Consejo Ecuménico, etc...) funcionan a la perfección. Por esto precisamente, debemos convertir en un tesoro todas las experiencias de unidad: desde las más antiguas, como sería el Concilio de Jerusalén, hasta las más olvidadas. Y, sobre todo no tener miedo a promover otras nuevas hoy, pero no como algo que una confesión ofrece a otra, sino trabajándolas, viviéndolas conjuntamente e invocando al Espíritu Creador, que nos conceda ese don. Nosotros presentaremos los proyectos, sencillamente, para que se manifieste su libertad.

LXX Sínodo General

Quiero terminar intentando transmitir una experiencia de esperanza. Estuve presente en el Sínodo y no me sentí como una católica a la que se le permitía estar por su vinculación con SEUT, sino que me sentí como una persona tratada exactamente igual que las demás. La acogida fue como debe(ría) ser habitual entre los cristianos: afectuosa, natural y sabiendo que somos cristianos, no a pesar de pertenecer a confesiones diferentes, sino precisamente por ello. Es verdad que poca gente de los presentes me conocía, pero también es verdad, que yo me sabía un pez que nada-ba fuera de su pecera oficial, y no me sentía extraña.

Doy gracias a Dios por haberme dado la oportunidad de vivir la experiencia comunitaria de la fe, sintiéndome a gusto y en minoría, algo que Uds. conocen, pero para mí, fue uno de mis descubrimientos más enriquecedores en aquellos días. Me sentí miembro de una comunidad cristiana viva que hacía realidad el lema del Sínodo: "Una Iglesia para la integración" *Recibí los unos a otros como también Cristo os recibió* (Rm 15,7).

Aprendí más sobre colegialidad sinodal en tres días, que con toda la eclesiología que he estudiado⁸.

⁸ Es muy curioso observar como la eclesiología católica se construye, casi en su totalidad, sobre las Cartas Pastorales. No contiene nada de la eclesiología de Pablo en sus cartas a los corintios (libertad y pluralidad unificadas por un único Señor y un único Espíritu); tampoco se refleja la eclesiología joánica (fraternidad e igualdad de todos creada por la venida del Hijo, como único constitutivo de la comunidad); la eclesiología de Hechos (con el afán por integrar todas las

Cuando ya había acabado el Sínodo, pensé en la inmensa suerte que había tenido al estar presente; aquella experiencia no era el relato de un libro, ni la escena de una película. Era la realidad. Y me di cuenta que esa era la clave, que mis hermanos protestantes, no habían comunicado ni una idea, ni una imagen, habían transmitido una realidad: la realidad de tener y vivir un espíritu cristianamente libre y, mucho más importante aún, no tener ningún miedo a que el **Espíritu** se mueva con libertad en su confesión.

Consecuencia práctica de todo esto: La libertad para pensar, para hablar, para sentir, para vivir y expresar la fe; la libertad para ser como Jesús quiso que fuéramos: una comunidad de personas libres. La comunión de fe en Jesús brota del espíritu del evangelio, y este es, ha sido y será siempre, un espíritu de libertad.

La libertad me muestra que los "otros" tienen derecho de existir, de ser otros, que su salvación en nada depende de hacerse "nuestros". ¡La diversidad es vital! ¿Podremos alegrarnos, otra vez, con la verdad, venga de donde venga? Esta actitud es una de las características del amor en Pablo (I Cor 13,6) ¿Somos capaces, todavía, de sorprendernos y maravillarnos? La sorpresa ¿no es el principio de todo? Cuando no hay sorpresa pensar, sentir, vivir, compartir se hace muy pesado y se pierde toda la frescura del cristianismo⁹.

Y la libertad me lleva a la esperanza; si queremos un ecumenismo en el que nos amemos sinceramente, es necesario empezar por esperar "con ellos". No habrá verdadero ecumenismo, encuentro profundo y sincero, si no queremos escuchar de los otros una palabra de salvación, una palabra que nos convierta.

Les puedo asegurar que en el Sínodo de la Iglesia Evangélica fue un ecumenismo vivo y vivificante el que sentí; tal vez su imagen más gráfica se la de una noche que nos fuimos a dar una vuelta por la ciudad: Éramos siete personas, de las cuales dos eran brasileñas, dos norteamericanas, una alemana, y dos españolas y además de esta diversidad geográfica, había diversidad confesional. ¡Y no se pueden imaginar, además de lo bien que lo pasamos, que también es ecu-

menismo, lo que disfrutamos la experiencia de ser "uno en Cristo" sin necesidad de hablar de ello! Puede que para Uds. esto sea habitual, pero les garantizo que, para mí, fue una experiencia fantástica, inolvidable y muy profunda.

Probablemente no necesiten este consejo pero, si tienen oportunidad de vivir alguna experiencia ecuménica a nivel de vida, no se la pierdan; las intelectuales son necesarias, bonitas (y algunas veces aburridas), pero las de la vida cotidiana, tienen precisamente el sabor de la vida y, saborear eso ¡vale más que un tesoro!

Procuremos evitar hablar de "iglesias", pero procuremos evitar, también, sobrevalorar la "Iglesia", porque como decía el pastor Georges Casalis:

Para ser fiel al Evangelio, la Iglesia debe ser una realidad secundaria. Para el Nuevo Testamento, la Iglesia es una realidad secundaria. Ella nace donde se reúnen dos o tres que reconocen la presencia y acción salvadora de Dios en el mundo y aceptan ser testigos de eso. Lo importante es la acción de Dios en la historia; acción que no depende de la Iglesia. Así, la Iglesia no existe para sí misma, sino para los que no son cristianos. Por eso, la Iglesia nunca puede quedarse en una especie de orgullo espiritual. Ella solamente es la porción del mundo consciente del amor divino por todos. Su primer deber es testimoniar ese amor, siendo muy abierta a toda la humanidad, y especialmente a los que no creen.

Ya saben, para Uds. esto es algo habitual, cotidiano. Para mí, ¡un hallazgo!

Si nosotros preguntásemos hoy a Jesús qué cristianismo es el auténtico, como en su tiempo hizo la samaritana cuando le preguntó sobre el hebraísmo, Jesús nos respondería más o menos así (en muy libre interpretación): Hubo un tiempo en el que éstas divisiones pudieran haber tenido sentido, pero desde ahora no lo tendrán más, porque Dios es Amor y ha llegado el momento que, quien desee adorarlo, lo demuestre con el amor con que se empeña en vivir. Protestantes, ortodoxos, católicos... Todos sois cristianos y ¡ya está!

particularidades) convierte a la Iglesia en una comunidad alternativa que interpela por su forma de ser, tampoco está presente.

⁹ Cfr. *Diálogo Interreligioso Monástico*, n° 10, Enero 2003.